

EL PADRE JERÓNIMO LÓPEZ, «MAESTRO Y CAUDILLO DE MISIONEROS»

LUCIANA GENTILI
Università di Macerata

El Padre Jerónimo López es una de las personalidades más destacadas en el panorama misional ibérico del siglo XVII. Nacido en Gandía (Valencia) en 1589, ingresó en la Compañía de Jesús en 1605. Hecha la tercera probación, en 1618 fue a Huesca y allí inició su trabajo misional que se extendió, a lo largo de cuarenta años, por las diócesis de la Corona de Aragón y de Navarra y por las de las dos Castilla y Murcia. A la hora de su muerte, en 1658, calculaba que sus misiones no bajarían de 1.300.

A pesar de que estos someros datos biográficos, recogidos en el *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús*,¹ dejan en el tintero la real importancia del magisterio

¹ C. E. O' NEILL, J. M.^a DOMÍNGUEZ, *Diccionario Histórico de la Compañía de Jesús*, Roma-Madrid, Institutum Historicum-Universidad Pontificia Comillas, 2001, s.v. Más evanescente aún es el esbozo biográfico ofrecido en *Bibliothèque de la Compagnie de Jésus*, Nouvelle éd. par C. Sommervogel, Bruxelles-Paris,

del P. López, lo que sí es cierto es que la trayectoria existencial de este misionero nos depara, en cambio, unas copiosas informaciones de suma utilidad a la hora de reconstruir el trasfondo de la predicación itinerante en el seno del instituto ignaciano, como bien se desprende de la voluminosa obra que en 1678 le dedicaba su compañero, el Padre Martín de la Naja. Me refiero a *El misionero perfecto. Deducido de la vida, virtudes, predicación y misiones del venerable y apostólico predicador Padre Jerónimo López de la Compañía de Jesús*,² un infolio de 622 páginas de texto, a dos columnas, más dedicatoria, prólogo e índice de las cosas notables, publicado en Zaragoza, veinte años después de la muerte del célebre jesuita.

Cabe subrayar, además, cómo el interés por las febriles actividades apostólicas del Padre López, cuyo nombre aparece reiteradamente en los modernos estudios dedicados a la historia de la misión interior hispana, no resulta respaldado, al menos hasta ahora, por una adecuada bibliografía crítica. Si se exceptúa el *in folio* de La Naja, sólo nos queda otro compendio de su vida aparecido en 1682 –del que me ocuparé dentro de poco– y las escuetas noticias presentes en los repertorios biográficos. Ocioso sería hablar, en cambio, de la obrita escrita en 1963 por otro jesuita, el P. Ginés M.^a Muñoz, ya que, como él mismo declara, se trata de un mero «resumen» del texto de La Naja, compuesto con el objetivo de levantar una barrera defensiva contra el «paganismo materialista» y «el comunismo ateo».³ Única excepción, dentro de este panorama desolador, son los estudios llevados a cabo en estos últimos años por un joven investigador italiano, Paolo Broggio,⁴ pionero de aquel proceso de renovación historiográfica que ha comportado la desvinculación del interés por la Compañía antes en manos sólo de sus mismos miembros.

Ahora bien, a raíz de lo dicho, trataré de señalar algunas líneas de investigación acerca de este predicador experimentado que supo marcar un hito importante en la historia de la misión pastoral interior española. El eje de mi trabajo será, una vez más, el texto de La Naja, sometido, empero, a un cuidadoso proceso de revisión crítica.

La finalidad perseguida por el jesuita gandiense se transparenta ya en las dos Aprobaciones que enmarcan el tratado: en la primera, fechada el 12 de octubre de 1678,

Oscar Schepens-Alphonse Picard, t. IV, 1893, s.v.

² Zaragoza, por Pascual Bueno, 1678. Las páginas, correspondientes a las citas sacadas de esta edición, se indicarán entre paréntesis en el cuerpo del texto.

³ G. M.^a MUÑOZ, *El misionero perfecto. Vida, virtudes y misiones del V.P. Gerónimo López, misionero apostólico de la Provincia de Aragón de la Compañía de Jesús*, Valencia, Imprenta Ortiza, 1963, «Prólogo», p. 12.

⁴ P. BROGGIO, «La questione dell'identità missionaria nei Gesuiti spagnoli del XVII secolo», *Mélanges de l'École française de Rome, Italie et Méditerranée*, 115, 2003, pp. 227-261, especialmente pp. 244-254; *Evangelizzare il mondo. Le missioni della Compagnia di Gesù tra Europa e America (secoli XVI-XVIII)*, Roma, Carocci, 2004, pp. 245-250.

el P. Orencio Ardanuy nos aclara cómo la empresa acometida por el autor es la de formar «un perfecto misionero», ya que el P. López fue «un sujeto digno de eternizar su siglo, pues con su predicación intentó hacerlo de oro»; a continuación el doctor Vicente Navarrete, canónigo de la Iglesia de Zaragoza, ahonda en los méritos del P. López, religioso de vida ejemplar que supo predicar con el resplandor de sus obras, más que con la sutileza de sus palabras. Lo dicho queda confirmado en el «Prólogo y razón del Libro», en el que el mismo La Naja nos da la clave de su obra: criar excelentes misioneros a través del modelo de este varón apostólico. En este preámbulo el autor nos proporciona también algunos datos acerca de su manera de trabajar: a pesar de haber sido testigo de vista de algunas de las correrías apostólicas realizadas por el P. López, con el objeto de recoger más noticias acerca de su biografiado, se carteó con muchos devotos suyos, los cuales tardaron bastante tiempo en contestarle.

Puesto que en casi cuarenta años de predicación itinerante el misionero se había desplazado por toda la península ibérica, con excepción de Andalucía y Portugal, se puede entender el porqué a La Naja le costó tanto trabajo sacar a la luz su obra. El preliminar se cierra con una sentencia inapelable –«no siempre lo más breve es lo mejor»–, gracias a la cual La Naja justifica la prolijidad y el formato de su tratado: un libro *en Folio*, como correspondía a la escritura de la vida de los santos. Ahora bien, la asimilación del P. López a un santo era un asunto nada baladí, y la Naja se da perfecta cuenta de la no viabilidad de la atribución –López no había sido (y nunca lo será) beatificado, ni canonizado–, explicando cómo para él el atributo de santo caía exclusivamente sobre las virtudes y costumbres imitables, y no sobre su persona. De todas formas la supuesta «sacralización» del Padre López abría el camino a la tipificación hagiográfica del misionero.

En efecto La Naja, fervientemente encariñado con el P. López, escribe desde su orden y para su orden una biografía emotiva, en la que su personalidad experimenta una transfiguración casi hagiográfica. Al jesuita, como solía ocurrir en la España de entonces con la reconstrucción de las peripecias vitales de algunos afamados religiosos –pienso, por ejemplo, en la *Vida y virtudes del venerable varón Fray Luis de Granada de la Orden de Santo Domingo*, escrita por el licenciado Luis Muñoz (Madrid, 1639)–, se le hizo nacer predestinado para ser santo: sus padres no eran ricos de bienes temporales, pero sí de «tesoros celestiales»; siendo niño comenzó a un mismo tiempo a hablar que a orar. A pesar de eso, según nos cuenta La Naja, tras haber ingresado en la Compañía de Jesús en 1605, el joven novicio da prueba de negligencia y flojedad en la observancia religiosa. Me detengo en este aspecto porque es precisamente a través de esta blanda crítica que el biógrafo trata de convencer al lector de su objetividad, ya

que en cuanto «fiel historiador» decide no callar los sucesos verdaderos;⁵ además esa nimia insolencia por parte del joven jesuita le ofrece el pretexto para luego celebrar su excepcional metamorfosis. El hambre de héroes cristianos favorece la promoción de unos cuantos aspectos seleccionados de su vida, a partir de cuando, en 1609, fue llevado cautivo por los piratas a Argel, junto con otros siete jesuitas.

El relato, que La Naja nos entrega de su experiencia de prisionero de los berberiscos (interesante su descripción de la ciudad de Argel, posiblemente basada en la *Topografía* de Haedo), se parece a una novela de aventuras. Siendo mozo de pocos años, Jerónimo soportó cualquier trabajo en defensa de la fe católica y de su castidad, saliendo del cautiverio rico en virtudes. Rescatado por la liberalidad de Enrique IV de Francia, junto con sus compañeros volvió a España, donde continuó sus estudios con un fervor del que antes carecía. Hecha la tercera probación, inició su trabajo misional en la diócesis de Jaca en 1618, dedicándose a la salud espiritual de las almas hasta el día de su misma muerte.

La religiosidad reliquiaria, propia de aquella *era sanctorum*, experimenta su culminación en el momento del entierro del P. López, celebrado en 1658 en la ciudad de Valencia:

Acabado el oficio funeral [...] fue tan grande el ímpetu de devoción de la mucha gente que trabajaba para verlo y venerarlo de cerca [...] que llegaron a derribar en tierra el féretro [...]. Con que los que se hallaban cerca, [...] comenzaron a despojarlo del vestido y calzado, con tan fervorosa invasión que, [...] a no haberse opuesto alentadamente los Caballeros, asistidos de algunos eclesiásticos, que se le llegaron de socorro, dejaron el cuerpo desnudo (p. 324a).

A decir verdad, la sacralización del jesuita ya había empezado antes de su muerte, como anota con satisfacción La Naja: «aun estando vivo [...] se recogían y conservaban sus cabellos, el día que se los cortaba el barbero, para venerarlos, con culto privado, como reliquias; y aun se guardaban sus cartas originales, no solamente por la enseñanza de la doctrina, sino también por la veneración a su letra» (p. 326a). Finalmente los portentos *post mortem*, manifestación directa del beneplácito divino, salpican su existencia ultramundana, como bien se ajusta al patrón de santidad de la época.

A estos mismos resortes narrativos, centrados en los elementos sorprendentes que, zarandeando al lector le implican más en el asunto, queda también vinculada la otra biografía aparecida por aquel entonces, es decir, la *Vida, virtudes y misiones del*

⁵ «A ley de fiel historiador, ni debo callar los sucesos verdaderos, aunque sean trágicos y adversos, ni referir los falsos, dudosos o inciertos, aunque sean prósperos o favorables, porque la Historia debe ser como el espejo fiel, que igualmente representa así las facciones hermosas, como las feas del rostro» (p. 18a).

venerable P. Jerónimo López, Misionero Apostólico de la Compañía de Jesús de la Provincia de Aragón, compuesta por el P. Juan Marín y dedicada a Carlos de Noyelle, nuevo Prepósito General de la Compañía de Jesús. Como el mismo autor nos revela, la obra es un compendio del «tomo en folio grande» escrito por La Naja, ya que la extremada prolijidad de aquel texto repercutía negativamente en la difusión y apreciación del mismo. Así comenta Juan Marín, refiriéndose a la deuda por él contraída con su hermano de orden: «Confieso que en componer esta Historia no he trabajado mucho, porque casi todo lo que en ella se contiene lo ha recogido con exquisita diligencia el Padre La Naja, y así a él sólo se le debe, y a mí sólo el haberle reducido a brevedad, cercenando y quitando algunas cosas».⁶ Efectivamente basta un rápido cotejo del índice de una y otra obra para darse cuenta de los cortes efectuados: aunque ambos textos están divididos en 5 libros, mucho más reducido es el número de los capítulos en el *abregé* compuesto por Juan Marín; por consiguiente el libro I consta de 8 capítulos (eran 24 en la Naja), el libro II de 9 (27 en La Naja), el libro III de 13 (28 en La Naja), el libro IV de 9 (22 en La Naja), y por fin el libro V se divide en 9 capítulos (26 en La Naja). El total de los capítulos nos da una diferencia abrumadora: 48 en Marín, 127 en La Naja. Lo que más salta a la vista es la función simplificadora de la intervención realizada por el Padre Marín: al suprimir las referencias cronológicas, fundamentales para contextualizar las vivencias espirituales de Jerónimo López, su obra se conforma aún más a los rasgos definidores de un texto hagiográfico, mientras que La Naja –ya lo hemos visto– se esforzaba por alardear de historiador fidedigno.

De lo dicho se desprende claramente cómo la finalidad de La Naja era la de dar cuenta detalladamente, a través de su voluminosa biografía, de los hechos más señalados de la vida del P. López, para que los operarios de la viña del Señor, movidos por su ejemplo, se alentaran a trabajar para la salvación eterna de las almas. Ahora bien, aunque el Jerónimo López esculpido por este autor satisface todos los requisitos de la transfiguración hagiográfica, una cuidadosa operación de criba nos permite rescatar los datos probados y fiables de su vida, y sobre todo nos ofrece la oportunidad de conocer la dimensión performativa de sus prácticas de adoctrinamiento.

Desde esta perspectiva cabe deslindar con mayor precisión los contornos de mi pesquisa: no me ocuparé aquí de retóricas sagradas o de artes de predicar, ni me interesaré por el estudio del sermón como cuerpo de doctrina, sino que entiendo dedicarme al examen de la elaboración preceptística realizada por el P. López a lo largo de su experiencia misionera, elaboración de la cual sus *Industrias para dirección de misioneros* constituyen, como veremos, la síntesis más acabada.

⁶ J. MARÍN, *Vida, virtudes y misiones del venerable P. Jerónimo López, Misionero Apostólico de la Compañía de Jesús de la Provincia de Aragón*, Roma, Varesio, 1682, «Al Lector».

Plenamente convencido de que las letras acreditan la predicación, el Padre López estudió con notable aplicación los maestros de la elocuencia sagrada y profana, así griegos como latinos. Sin el apoyo del arte de la retórica, la doctrina, en su opinión, no podía brillar, ni resplandecer: «Para persuadir –anotaba al respecto La Naja– [...] y conquistar la voluntad humana, hasta hacerla rendir a la divina y llegar a trocar los corazones, [...] necesita el Orador Cristiano [...] de valerse de las armas que ofrece la facultad oratoria» (p. 81b). Entre los distintos autores que el P. López imitó y siguió,⁷ su biógrafo recuerda «los insignes Luises, Granada y León, [...] maestros para aprender el arte del bien hablar en la lengua castellana» (p. 88a). Ni que decir tiene que la *Retórica eclesiástica* de Fray Luis de Granada representó su fuente, en la cual hizo acopio de todos los primores que se hallan en los retóricos antiguos y modernos; sin embargo su libro de cabecera fue la *Guía de pecadores*: «nuestro Jerónimo López se aficionó tanto a este libro que lo pasó diez y siete veces enteramente, con tanto consuelo y gusto que siempre le parecía nuevo [...] y le solía llamar “Guía de Predicadores”» (p. 87a). Para aprender el control de la palabra y a calentar el ánimo de los oyentes también se valió del *Arte de predicar* de Francisco Terrones del Caño⁸ (p. 88b). Además, puesto que desconfiaba totalmente de los sermonarios de los escritores romancistas, el P. López fundaba su predicación sobre todo en las Sagradas Escrituras –Viejo y Nuevo Testamento–, ya que, como comentaba La Naja: «los libros de sermones en lengua vulgar [...] son la peste y la ruina de la verdadera y legítima predicación» (p. 93a). Por esto nuestro misionero apreciaba sumamente los sermones latinos del Cardenal Belarmino y del jesuita Juan Osorio.⁹

Si del rico acervo libresco del P. López pasamos ahora a examinar las obras por él escritas, lo que nos sorprende es, ante todo, el sesgo utilitario de su producción. En efecto, tanto la *Práctica del Catecismo Romano y doctrina cristiana*, con determinadas lecciones para todos los domingos y fiestas del año, como los *Casos raros de la confesión*, texto con el cual el jesuita se convertía en maestro de confesores al tratar de encontrar un remedio al vicio de callar pecados,¹⁰ están finalizados al proselitismo religioso. Otro

⁷ 34 son las referencias señaladas por La Naja según F. PALOMO, «Algo más que la divina gracia. La cultura literaria de los misioneros de interior jesuitas en la península ibérica (siglos XVII-XVIII)», en M. I. de Páiz Hernández (ed.), *La memoria de los libros: estudios sobre la historia del escrito y de la lectura en Europa y América. Tomo II*, Salamanca, Instituto de Historia del Libro y de la Lectura, 2004, pp. 113-131 (p. 124).

⁸ Efectivamente, en palabras del que fue Obispo de Túc y de León, «la semilla de la palabra de Dios, si no sale caliente de la mano del predicador, no prende en el oyente» (F. TERRONES DEL CAÑO, *Instrucciones de Predicadores*, ed. de Félix G. Olmedo, Madrid, Espasa-Calpe, 1960, tratado I, cap. II, pp. 23-24).

⁹ «También leía y se valía mucho de los 5 tomos de Sermones del P. Juan Osorio, por la doctrina sólida y saludable que encierran, y los símiles y comparaciones vivas con que la declara. La misma estimación hacía de los sermones, también latinos, del Cardenal Belarmino» (p. 93a).

¹⁰ «La confesión sacramental es el secreto de los secretos: venid a confesar con dolor [...] y no calléis pecado mortal por temor o vergüenza, que aunque os confeséis que habéis muerto mil hombres y hecho

elemento, que vincula el destino de ambas obras, es su carácter de semi-anonimato: «como era tan humilde, y fiaba poco de su ingenio y estudio, juzgó que esta obra – La Naja se refiere aquí a la *Práctica del Catecismo Romano y doctrina cristiana* (1640)–, puesta en manos del venerable y erudito Padre Juan Eusebio Nieremberg, ganaría mucho y saldría de ellas con la perfección y decoro que pedía materia tan provechosa y necesaria» (p. 209a).¹¹ Del mismo modo el P. López rogó a Cristóbal de Vega, su Superior, que publicase los *Casos raros de la confesión* bajo su nombre.¹² Parcialmente distinto, en cambio, es el caso de *Las industrias para dirección de Misioneros*, texto del cual en Aragón y ambas Castillas corrían varias copias manuscritas, como atestigua La Naja, el cual las pone repartidas por todo su tratado.¹³ En palabras de su biógrafo, enorme fue el interés despertado por dichas *Industrias*, «por donde se han gobernado en la navegación de sus misiones muchos misioneros» (p. 444a).

En aquella edad en la que primaba la elocuencia, Jerónimo López, a su vez hombre de letras culto, prefirió, pues, «arrimarse al partido de los buenos»: «porque los doctos y entendidos, como son pocos, no pueden llegar a hacer auditorio copioso. Los auditorios grandes [...] se componen de labradores, oficiales y mujeres...» (p. 555a). Su trabajo en la viña del Señor era, pues, preferentemente orientado a la evangelización de la gente simple, de ahí su rechazo del estilo preciosista y alambicado, «la polilla de la verdadera predicación» (p. 153b). Defensor empedernido de un habla castiza y grave, López arremeterá con vehemencia contra la moda de una práctica oratoria fundada en el abuso de ornamentos y circunloquios. El momento cumbre de su contraataque queda representado, según nos lo cuenta La Naja, por la redacción de un catálogo de los predicadores que habían muerto acongojados por haber perseverado en una

moneda falsa, no puede el confesor descubrirlo ni al Rey, ni a los Ministros. Aunque confeséis que habéis caído en mil heregías, no os puede descubrir a la Inquisición. Aunque os confeséis que habéis muerto veinte Papas y quemado cien iglesias y pisado la hostia consagrada, o echádola al fuego, no lo pueden descubrir al Papa, ni al Rey, ni a la Inquisición» (J. LÓPEZ, «Aprobación (Valencia, 20 de septiembre de 1656) a Cristóbal de VEGA, *Casos raros de la confesión. Con reglas, y modo fácil para hacer una buena confesión general o particular y unas advertencias para tener perfecta contrición, y para disponerse bien en el artículo de la muerte*, Undécima impresión, Barcelona, Imprenta de Joseph Giralt, [s.a.]).

¹¹ Cf. T. Egido (coord.), J. Burrieza Sánchez, M. Revuelta González, *Los jesuitas en España y en el mundo hispánico*, Madrid, Centro de Estudios Hispánicos e Iberoamericanos-Marcial Pons, 2004, pp. 143-144.

¹² «Este librito de oro no quiso el V. P. como tan humilde que saliese a luz a su nombre, antes lo ocultó, huyendo de la gloria y crédito, [...] y así rogó al P. Cristóbal de Vega, Su Superior [...] que lo publicase bajo su nombre [...]. Y que este libro sea parto legítimo del espíritu celoso de nuestro V. P. es notorio en esta Provincia de Aragón, y lo publicó así el V. P. Diego de Sanvitores, en la Carta dedicatoria que anda en la quinta impresión de este libro». A continuación La Naja (pp. 211b-212a) reproduce el texto integral de la Carta dedicatoria de Sanvitores.

¹³ «En estas *Industrias*, que dejó escritas el Venerable Padre para instrucción de Misioneros, no guarda método, unión, ni orden de materias, ni división de capítulos, porque las iba escribiendo como se le iban ofreciendo a la memoria, por eso no las copio en este libro a la letra» (p. 444a). Puesto que La Naja, al citar las *Industrias*, utiliza la letra cursiva, mantendré este carácter a la hora de reproducir fragmentos del texto de López.

predicación culta y oscura, que más aspiraba al lucimiento personal que a la salvación de los pecadores. Entre los diferentes religiosos, cuyos nombres aparecían en esta suerte de 'lista negra', podemos citar al trinitario Hortensio Félix Palavicino, al dominico Alonso de Cabrera, predicador de Felipe II y de Felipe III, y al capuchino Alonso Lobo (p. 166a-b).

Lo que más llama la atención en la praxis misionera del P. López es su visión caritativa del saber. Como bien explica Bernadette Majorana, «I professi di quattro voti -tra i quali venivano scelti i predicatori- dovevano disporre del più elevato grado di cultura previsto dalla Compagnia per i suoi membri, secondo la gerarchia selettiva degli studi: al ciclo dei corsi umanistici (retorica, poesia e storia, grammatica), seguivano per loro quelli superiori della formulazione filosofica e infine teologica».¹⁴ Sin embargo, es precisamente en esta consciente renuncia a la exhibición de su propia cultura donde estriba y se acrisola la correspondencia entre lo interior y lo exterior del hombre:

Senza mai fare a meno dei mezzi dell'intelligenza e del sapere, sottoponendoli anzi a continue prove e riprove, e mortificandoli solo in ciò che non risponde alla carità, il missionario deve proporzionare la predicazione allo scopo, tenendo conto della capacità di comprensione e della sensibilità dei *rudes*. Si richiede un processo di *accomodatio*, di accomodamento, criterio operativo non nuovo, reso dettagliato e concreto da Ignacio de Loyola.¹⁵

De esta práctica virtuosa fue inigualable maestro Jerónimo López. «El varón apostólico ha de convertirse en un Proteo a lo divino, mudando y variando formas y figuras, cuantas son las inclinaciones y condiciones de las personas a quienes trata, para ganarlas para Dios» (p. 145b). La estrategia de conquista, que vertebra la metodología misionera del P. López, se funda pues en una evaluación pormenorizada de los destinatarios; además, pese a que su programa de salvación está abierto a todo tipo de creyente sin diferencia de estado, su preferencia es por el pueblo rudo:

Movido del mismo fin [...] de hacer mayor fruto en las almas, no buscaba por teatro de su predicación las ciudades populosas, ni las Iglesias calificadas, ni los auditorios lucidos, sino antes bien los pueblos pequeños, pobres y olvidados. Lo primero, porque los consideraba muy faltos de enseñanza cristiana, y por consiguiente más necesitados de la predicación evangélica. Lo segundo, porque en muchos de ellos no hay sino un confesor, que es el cura, y no todos se atreven a manifestarle sus pecados, particularmente mujeres y gente de tierna edad, que no pueden salir a otros pueblos a buscar otro confesor. Lo tercero, porque la gente de los pueblos pequeños comúnmente suele ser sencilla y humilde (particularmente si son pueblos de montaña) y por consiguiente se halla más dispuesta y aparejada para recibir con agradecimiento y provecho la palabra de Dios. [...] y como la

¹⁴ B. MAJORANA, «Tra carità e cultura. Formazione e prassi missionaria nella Compagnia di Gesù», en P. Broggio, F. Cantù, P.-A. Fabre, A. Romano (eds.), *I gesuiti ai tempi di Claudio Acquaviva. Strategie politiche, religiose e culturali tra Cinque e Seicento*, Brescia, Morcelliana, 2007, pp. 219-260 (p. 227).

¹⁵ *Ibidem*, p. 229.

experiencia le había enseñado que en semejantes pueblos la ganancia espiritual de las almas no sólo era segura, sino muy copiosa, se hallaba violentado cuando residía en los Colegios de ciudades grandes, y a este intento solía repetir [...]: «*Que en los Colegios se pesca con caña, porque no caen en el anzuelo sino algunos pececillos de poca monta; pero en las misiones con red barredera, donde entran muchos peces grandes y pequeños*» (pp. 107b-108a).

Su desdén por la predicación que se lleva los aplausos de los cultos no sólo comporta una intencionada contención de sus capacidades oratorias,¹⁶ sino también presupone una mortificación del amor propio, una ocultación de su mismo saber:

El apetito de la honra [...] lo llegó a mortificar y vencer con gloriosa victoria, pisando el ídolo tan adorado del qué dirán, de tal manera que las noches que salía por las calles a practicar el ejercicio del Acto de Contrición, ante la imagen de Cristo Crucificado, lo leía al pueblo en el papel mismo, en que se hallaba impresa la fórmula que él mismo había compuesto y la sabía de memoria, [...] sin hacer caso de la censura y nota común, con deseo de facilitar el ejercicio de esta santa y provechosa devoción, y obligar a que le imitasen los tímidos, que se excusaban de practicarlo, con color de que no sabían la fórmula de memoria (p. 380a).

Pero sobre todo obrando meritoriamente, nuestro jesuita espera poder reactivar la fe de los tibios. La “*prédica del buen ejemplo*”, como la ha definido el P. Giovanni Pozzi,¹⁷ se hace rectora del buen comportamiento de la comunidad de los fieles: «más influye en la conversión del pecador el ejemplo del predicador, que la doctrina, porque la vida perfecta persuade y [...] es la retórica más eficaz y poderosa. Las obras entran por los ojos, las palabras por los oídos, y más fácilmente se rinde el corazón a lo que ve, que a lo que oye» (p. 99a). El ideal evangélico de la perfección¹⁸ se asocia en el P. López a la eficacia del *docere*, quintaesenciada en la imagen del espejo: este emblema, como también ocurre en la tratadística sobre la *paideia* del perfecto hombre de gobierno, vehicula la promoción de modelos de vida de irreprochable moralidad: «la experiencia enseña que, cuanto es mayor la santidad de la vida del predicador, tanto más copioso y abundante es el fruto de su doctrina, porque [...] el predicador debe ser espejo ante quien el pueblo mire y registre sus acciones para componer sus costumbres» (p. 100a-b).

La misión misma era entendida como un instrumento de perfeccionamiento, por eso la penitencia y sus efectos eran exhibidos ante los fieles. La integridad del

¹⁶ «*Más quiero padecer la censura de los doctos, que dejar de ser entendido de los ignorantes y rudos, que por no haber cursado escuelas, ignoran la significación y propiedad de estas voces*» (p. 147a).

¹⁷ G. POZZI, «Occhi bassi», en E. Marsch, G. Pozzi (eds.), *Thematologie des Kleinen. Petits thèmes littéraires*, Freiburg, Editions Universitaires Fribourg Suisse, 1986, pp. 161-211 (p. 180).

¹⁸ Sobre la difusión en los siglos XVI y XVII de una específica manualística formativa orientada a la fabricación de cristianos perfectos, véase L. GENTILI, «Entre el ser y el deber ser: el debate sobre la (re)-formación y la identidad modélica en los diferentes estados en la España del siglo XVII», en M. Tietz, M. Trambaioli (eds.), *El Autor en el Siglo de Oro. Su estatus intelectual y social*, Vigo, Editorial Academia del Hispanismo, 2011, pp. 117-127.

tren de vida del P. López, su desprecio por cualquier vanidad,¹⁹ se transparentaban también en la indumentaria, en sus vestiduras raídas y en sus zapatos remendados: «el verdadero misionero –decía el P. López– no se ha de contentar de predicar con la voz y con el ejemplo solamente, sino que también ha de predicar, edificar y mover con el vestido pobre y viejo, condenando la vanidad y pompa del mundo» (p. 266b).

Es así que nuestro religioso, «puesto sobre el candelero del púlpito y hecho espectáculo de todos», (p. 376b) para hacer mella en los oyentes apela a la afectividad, a la alteración anímica:

en lo que más lució y se aventajó fue en la parte del mover la voluntad con eficacia, que es la prenda que más ilustra y acredita un orador cristiano y predicador evangélico, porque en ella consiste la victoria y el rendimiento del corazón, que es el fin y el blanco principal de la predicación (p. 103b).

Su religiosidad afectiva impactaba hasta tal punto en la sensibilidad de las gentes que a veces ponía en marcha un verdadero proceso coactivo:

Llegó a conseguir tan grande imperio y señorío sobre los corazones de sus oyentes, que los movía cómo y hacia dónde quería, hasta reducir a camino de salvación los pecadores más perdidos, descarriados y duros [...]. Y así en lo que más claramente se descubrió la grandeza y excelencia de su predicación [...] fue en la moción y mudanza de corazones, que despertaba con sus sermones (p. 103b).

Experto conocedor de la sicología de masas, Jerónimo López entrelaza constantemente en su práctica misionera el mover con la visualización del mensaje divino. Al ser consciente de que el lenguaje no podía bastar a los que ni siquiera tenían acceso a la técnica de la palabra, se sirve de toda una serie de recursos expresivos capaces de influir sobre el estado anímico del auditorio. Oigamos lo que aconseja en sus *Industrias* con respecto al empleo en el púlpito de los llamados «espectáculos»:

Los espectáculos [...] no solamente sirven para despertar moción en el auditorio, sino también para mantenerlo y conservarlo copioso [...] porque la experiencia enseña que más impresión hacen en el alma las imágenes que entran por los ojos, que las palabras que entran por los oídos (pp. 563a; 564b).

Lo que promueve el P. López no es solamente la dimensión visual, afianzada en la capacidad expresiva de unas «imágenes agentes», como se da en la llamada «predicación a los ojos»,²⁰ sino una materialización efectiva del mensaje divino a

¹⁹ Sobre las «Reglas de las modestias» elaboradas por la Compañía en 1555, véase F. PALOMO, M.-L. COPETE, «Des carêmes après le carême. Stratégies de conversion et fonctions politiques des missions intérieures en Espagne et au Portugal (1540-1650)», *Revue de synthèse*, 2-3, 1999, pp. 359-380 (pp. 370-372).

²⁰ Cf. G. LEDDA, «Predicar a los ojos», *Edad de Oro*, VIII, 1989, pp. 129-142 y *La parola e l'immagine. Strategie della persuasione religiosa nella Spagna secentesca*, Pisa, Edizioni ETS, 2003, pp. 59-61.

través de unos objetos tangibles, aptos para infundir terror y hacer llorar.²¹ He aquí el elenco de los espectáculos por él recomendados: «la imagen del Santo Cristo, la calavera de un difunto, el retrato de un alma condenada, que padece las penas del Infierno, y el de una alma que se halla en el peligroso estado de pecado mortal» (p. 564a). Entre las funciones de mayor seguimiento sobresale el coloquio con la calavera, ya que la doctrina se hacía más cercana convertida en diálogo. El largo fragmento de las *Industrias* reproducido por La Naja es una muestra cabal de esa dramatización de los sermones tan practicada por López:

Pregúntale pues y dile: dime Calavera, ¿de quién eres? ¿Eres, por ventura, de algún hombre rico? Dime, ¿qué se hicieron las riquezas, el oro, la plata, el censo, la casa, las posesiones y heredades? [...] Señores, yo no sé si tengo en la mano una reliquia, o una caja de Demonios; si el alma de esta calavera está en Cielo, es una gran reliquia; si está en el Infierno, es una caja de Demonios. Dime, si estás en el Cielo, ¿qué ves por estos ojos?: «Veo el Cuerpo de Cristo nuestro Señor, la criatura más hermosa [...]». ¿Qué oyes con estos oídos?: «La música de los Ángeles [...]». ¿Qué hueles con el olfato?: «[...] los aromas del Cielo [...]». [...] ¿Qué gustas con esta boca?: «Los platos y sabores regalados del Empíreo [...]». ¿Qué es lo que tocas con tus manos?: «[...] las llagas de Cristo [...]». Dime, ¿qué moneda corre por allá?: [...] «Una confesión bien hecha, es moneda bien recibida [...]. Una Comunión devota [...]. El perdón del enemigo [...]. Dar limosna al pobre [...], la guarda de los diez Mandamientos [...]». Pero, si estás en el Infierno, ¿qué es lo que ves por estos ojos?: «Ríos de fuego [...]». ¿Qué es lo que oyes por estos oídos?: «Silbos de serpientes [...]». ¿Qué es lo que hueles?: «Hediondez». [...] ¿Qué es lo que tocas?: «Dragones del abismo, sapos del Infierno, el horrendo Leviatán». Mas dime, si estás en el Infierno, ¿qué moneda corre por allá?: [...] «Confesiones mal hechas [...]. Comulgar en pecado mortal [...]. Blasfemias, juramentos falsos [...]. Enemistades, odios, rencores, maldiciones [...]. Haber hurtado y no haber restituido [...]. Deshonestidades, torpezas, canciones deshonestas, palabras lascivas, pinturas deshonestas, libros deshonestos de comedias y novelas» [...]. A esta calavera pongo por testigo que os he predicado la verdad [...] (pp. 572b-573b).

Como se desprende de la lectura de estas líneas, el difunto se convierte en el predicador más elocuente y poderoso, gracias también a su pericia en producir una variada serie de reacciones sensoriales.²² Además, el carácter anónimo del cráneo, su identidad irremediamente desdibujada, facilita su utilización por parte del misionero, ya que, a través de su voz y de sus manos, éste se transforma en símbolo corpóreo de toda una galería sea de bienaventurados, sea de pecadores.

²¹ «Si l'objectif de ces images mentales est celui d'émouvoir l'auditoire qui assiste au sermon, l'effet peut être encore amplifié par l'emploi d'images réelles qui renforcent ainsi celles créées par le discours» (F. PALOMO, M.-L. COPETE, *op. cit.*, pp. 374-375).

²² «La representación a través de los sentidos [...] está íntimamente relacionada con las 'meditaciones' de numerosos autores espirituales del siglo XVI, sistematizadas en los *Ejercicios Espirituales* ignacianos. Las misiones jesuitas incidían, de un modo especial, en los temas de la Primera semana de estos últimos que [...] correspondía a la vía ascética» (F. L. RICO CALLADO, *Misiones populares en España entre el Barroco y la Ilustración*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 2006, pp. 175-176).

La traza o industria más singular de la que se valía el P. López en su acción evangelizadora era la variedad de afectos y coloquios con el Santo Cristo, cuando lo enarbolaba para el Acto de Contrición. Como es sabido, este acto era una procesión penitencial nocturna, que se desenvolvía por las calles de pueblos o ciudades.²³ El desbordamiento del elemento religioso, su conquista del territorio ante los ojos de la colectividad, queda patente en la detallada descripción que nos brinda La Naja:

Precede una persona que lleva la campanilla, con que avisa la gente [...] y se disponga para hacer el Acto de contrición; luego se sigue la imagen del Santo Cristo, alumbrada de dos personas que llevan dos linternas o faroles, y después los Ministros Evangélicos [...]; cierra esta devota procesión el pueblo, que va acompañando el Santo Crucifijo, con profundo silencio. En el camino suenan a trechos algunas [...] sentencias jaculatorias, que como saetas espirituales penetran los corazones de los que las oyen [...]. En llegando a las esquinas, plazas o encrucijadas de calles, donde puede ser bien oído de mucha gente, el que ha de hacer el Acto de contrición [...] en voz alta, grave, reposada y con palabras vivas y muy medidas, hace una breve (pero eficaz) exhortación al pueblo, persuadiendo a todos los pecadores lo mucho que les importa salir de pecado y entrar en gracia y amistad de Dios [...], después se arrodilla todo el auditorio y se hace el Acto de contrición. [...] Y este mismo ejercicio se repite y renueva en las demás esquinas [...], de forma que se corre toda la ciudad, [...] de manera que apenas queda persona que no llegue a oír el Acto de contrición; y por esta causa llamaba a estas salidas, que abrazan toda la ciudad o pueblo, el V.P. *el asalto general de los vicios* (pp. 214b-215a).

El principal biógrafo del Padre López insiste sobre todo en los motivos terribles y pavorosos de esta función. Cabe señalar, además, cómo la amenaza inminente, de la que se hacían eco las jaculatorias, apuntaba hacia la atrición, o sea hacia el rechazo del pecado por miedo a perder la bienaventuranza:

.....
Quien perdona a su enemigo,
a Dios gana por amigo.

.....
El que vuelve bien por mal,
clava al Demonio un puñal.

Guarda el sexto mandamiento,
y tendrás a Dios contento.

Mira y teme deshonesto,
que el castigo vendrá presto.

Si buscas mujer ajena,
eterna será tu pena.

.....
El que retiene lo ajeno,

²³ P. BROGGIO, «La questione dell'identità missionaria», pp. 252-254; «L'Acto de contrición entre Europe et Nouveaux Mondes. Diego Luis de Sanvitores et la circulation des stratégies d'évangélisation de la Compagnie de Jésus au XVII^e siècle», en P.-A. Fabre, B. Vincent (eds.), *Missions religieuses modernes. «Notre lieu est le monde»*, Rome, Ecole Française de Rome, 2007, pp. 229-259 (pp. 234-239).

consigo lleva el veneno.
.....
Muchos son los que anohecen,
y en el infierno amanecen.
.....
Pues pecaste sin temor,
confiésate con dolor.
.....
Ten vergüenza de pecar,
pero no de confesar.

Oye, pecador, despierta,
que la muerte está a la puerta.
.....
Sé de cierto moriré,
cómo y cuándo, no lo sé.

¿Qué haré para me salvar?
Bien creer y bien obrar.
(pp. 216b-217a)

Como se puede observar, las saetas, formadas por sencillos pareados de rima consonante, fácilmente memorizables por los iletrados,²⁴ debían despertar en los fieles una clara percepción del pecado, exhortándoles a un cuidadoso examen de conciencia.²⁵ El carácter afectivo-sentimental de la ceremonia se relacionaba empero con la naturaleza de la misma contrición, fundada en el dolor por haber ofendido a Dios con el pecado, acompañando así al participante en el difícil paso de atrito a contrito. Las numerosas novedades del acto (su carácter multitudinario, la circunstancia de la noche, la moción producida por esta especie de 'eslóganes' *ante litteram*) dieron pie a que muchos lo criticasen. Ahora bien, a pesar de que La Naja se empeñe en afirmar que el P. López fue «el Colón primero que llegó a descubrir estas ricas Indias del Cielo [...] y a introducir este santo ejercicio en España» (p. 213a) –la primera ciudad que, según su opinión, experimentó este provechoso ejercicio fue Zaragoza, en el año 1647–, totalmente acertada me parece la siguiente consideración de Paolo Broggio: «il est permis de penser que le missionnaire de Gandía remit au goût du jour une technique pastorale

²⁴ «Fue relativamente común el que, siguiendo una tendencia característica de una parte importante de la literatura de cordel, se hiciese uso de sencillas rimas a la hora de articular plegarias, avisos y llamadas al necesario arrepentimiento, facilitando así [...] su asimilación y su fijación en la memoria» (F. PALOMO, «Limosnas impresas. Escritos e imágenes en las prácticas misioneras de interior en la Península Ibérica (siglos XVI-XVIII)», *Manuscrits*, 25, 2007, pp. 239-265 (p. 254).)

²⁵ La fuerza impactante de estas breves preces, su capacidad de capturar la atención de la gente humilde, indujeron a Juan de Palafox y Mendoza a componer «de estas jaculatorias, o adagios, o sentencias todo un Catecismo entero». Con este tratadito en verso, que gracias a su reducido tamaño podía traerse «en la mano, en el pecho, en la faltriquera», el obispo de Osma, además, homenajeaba al mismo Jerónimo López, del cual se reconocía discípulo: «me fue después de muerto Maestro, porque no le conocí en vida» (J. de PALAFOX Y MENDOZA, *Bocados espirituales, políticos, místicos y morales, Catecismo y axiomas doctrinales para labradores y gente sencilla*, Madrid, María de Quiñones, 1662, pp. 36-37).

que les jésuites employaient depuis toujours, en lui donnant une structure codifiée, en institucionalizando su práctica».²⁶ Lo novedoso de López, por tanto, es apreciable principalmente en su organización sistemática de las técnicas que debían soportar los distintos ejercicios misioneros, de ahí su acalorada defensa de la espectacularización del púlpito que realizó en ocasión de la Congregación Provincial de Aragón, celebrada en Valencia el año 1649:

habiéndose ofrecido tratar en ella un punto muy sustancial e importante sobre algunos modos de predicar que algunos llamaban abusos del Púlpito, y señaladamente acerca de los espectáculos que se muestran al pueblo desde el Púlpito para despertar moción en el auditorio, [...] nuestro V.P. [...] habló, oró y abogó en favor [...] de aquellos modos de predicar, que algunos desacreditaban con nombre de invenciones y novedades extravagantes, [...] que dejó todo aquel grave y religioso Senado tan enseñado y persuadido, como admirado y edificado. [...] Andando el tiempo, llegaron estos espectáculos y modos de predicar, de que se valía el V.P., a cobrar tanto crédito y autoridad, que después en la Congregación Provincial, que se celebró en Zaragoza el año 1678, [...] todos los P.P. vocales fueron de parecer que, para obrar uniformemente, [...] se gobernasen los predicadores y misioneros por las *Industrias* que dejó escritas, con tanta prudencia y acierto, el V.P. Jerónimo López (pp. 360b-361a).

Que el Padre López haya sido 'inventor' o, más presumiblemente, 'codificador' del Acto de Contrición es asunto de poca monta, lo que sí es cierto es que la irradiación de esta práctica por todo el movimiento misional de la época se debe fundamentalmente a su magisterio. En cuanto «red barredera [...] que alcanza a todos», involucrando también a los fieles más recalcitrantes,²⁷ esta ceremonia pasó a las Indias Occidentales, donde Diego Luis de Sanvitores la implantó en Méjico y en Manila,²⁸ a los presidios africanos de Orán y Ceuta, y sobre todo gozó de un éxito rotundo en la misma España, donde fue adoptada por algunos miembros de las diversas órdenes religiosas, principalmente dominicos y franciscanos.²⁹

Quiero acabar este breve esbozo crítico de la figura del P. López recordando cómo su notoriedad no se justifica sólo por el carisma de su persona, ni por su muerte en loor de santidad, sino por su maestría en fijar pautas de comportamientos, a través de un constante empeño en la formación y profesionalización de los operarios evangélicos,

²⁶ P. BROGGIO, «L'Acto de contrición entre Europe et Nouveaux Mondes», p. 257.

²⁷ «Lastimaba vivamente el corazón del celoso Padre el considerar tantas almas de gente miserable [...] que o por pereza, o por falta de tiempo [...] nunca, o casi nunca oyen el sermón de la Iglesia». Consecuentemente había que buscar medios «para que el sermón los busque a ellos y los alcance, de tal manera que quieran, o no quieran, lo hayan de oír» (p. 213 a-b).

²⁸ P. BROGGIO, «L'Acto de contrición entre Europe et Nouveaux Mondes».

²⁹ Sobre el éxito de esta práctica devocional véase L. GENTILLI, «En la escena del mundo: la *performance* de predicadores y misioneros en la España del siglo XVII», en L. Gentilli, R. Londero (eds.), *Emocionar escribiendo. Teatralidad y géneros literarios en la España áurea*, Madrid-Frankfurt am Main, Iberoamericana-Vervuert, 2011, pp. 197-216.

empeño casi siempre corroborado por los abundantes frutos de sus mismas misiones. En un papel, redactado por Jerónimo López a petición del P. Nieremberg, cuyo tono autoelogioso podría restar autoridad a cuanto en él afirmado, el jesuita traduce a números los provechos que trae consigo el ministerio de las misiones:

cada año son más de cuarenta mil las almas que quedan remediadas [...] y éste es socorro grande y frecuente que suele dar la Compañía a los señores obispos y curas, en beneficio espiritual de las ovejas que están a su cargo. Y si alguno le pareciere increíble tan gran número de almas ganadas para Dios, y libradas de la garganta de Satanás, advierta que la Compañía tiene fundadas 36 provincias, y en ellas residen más de 3.000 sacerdotes y confesores, y que de cada una de ellas, salen cada año 20, 30 y a veces 40 misiones. También se ha de suponer, que apenas hay misionero (aunque sea de mediano talento) que no cuente, cuando vuelve a casa, 100, 200 y algunas veces 700 confesiones generales obligatorias. [...] De lo cual se saca que no sólo 40 mil, pero aun más de 70 mil serán las almas que quedan remediadas (p. 456a).

A continuación el jesuita enumera los principales resultados conseguidos: apaciguamiento de bandos, reconciliación de enemigos, fin de amancebamientos, regularización de uniones, moralización de la vida pública, reformación de muchos sacerdotes.

Finalmente su capacidad de encarnar esa figura modélica de «maestro y caudillo de Misioneros» (p. 443b) queda comprobada por un fragmento de una carta escrita en 1664 por el P. Tirso González de Santalla, futuro decimotercero Prepósito General, a Giovanni Paolo Oliva, por aquel entonces Vicario General de la Compañía, con el fin de manifestarle su deseo de abandonar la cátedra de Teología en Salamanca para dedicarse *verbo et opere* a las misiones:

Por gran dicha mía, siendo pasante en este colegio [de Salamanca], conocí al venerable P. Jerónimo López, misionero insigne y varón apostólico; vi la misión que aquí hizo [en 1653], y acompañándole en otras, de aquí nació una afición grande a este ministerio; [...]. Trasladé los sermones de tan insigne varón, procuré imitar su estilo en las misiones [...]. Este propósito le convertí en voto, que hice luego que tuve noticia de la muerte deste varón y he guardado hasta hoy. Tuve muchas cartas³⁰ deste celoso ministro del Evangelio en que me alentaba a este empleo; y con santa industria para empeñarme más y despertar mi tibieza con el fervor del P. Diego de Sanvitores de la provincia de Toledo, dispuso que nos correspondiésemos los dos. Fuese el P. Sanvitores a Filipinas, y siguiendo el mismo designio del P. Jerónimo López, me dejó encargado me correspondiera con el P. Juan Gabriel, de la misma provincia, [...] para que los dos promoviésemos el ministerio de las misiones. [...] Si miro a mi inclinación, sólo por dedicarme a las misiones dejara de buena gana la Teología [...] y así la pretensión es dejar la cátedra para ser misionero de oficio.³¹

³⁰ Sobre el carácter construido de la correspondencia misiva jesuítica y su capacidad de reforzar determinados aspectos identitarios entre los miembros del mismo instituto ignaciano informa ampliamente F. PALOMO, «Corregir letras para unir espíritus. Los jesuitas y las cartas edificantes en el Portugal del siglo XVI», *Cuadernos de Historia Moderna Anejos*, IV/7, 2005, pp. 57-81.

³¹ P. E. REYERO S.J., *Misiones del M. R. P. Tirso González de Santalla, XIII Prepósito General de la Compañía de*

Por último, si prestamos fe a Cecilio Gómez Rodeles,³² la memoria del exitoso magisterio del P. López no se disolvió al cerrarse el siglo: «muerto el P. Jerónimo López en 1658, no murió con él en España su método de dar misiones, sino que fue trasmitiéndose, como rico legado, de misionero en misionero, creciendo por la industria de éstos hasta llegar a su última perfección en el siglo XVIII».

Jesús (1665-1686), Santiago, Editorial Compostelana, 1913, pp. 15-17.

³² C. GÓMEZ RODELES, *Vida del célebre misionero P. Pedro Calatayud*, Madrid, Suc. de Rivadeneyra, 1882, p. 513.